

á los males de los Países Bajos, prescribía Felipe II rogativas públicas, sabía que se habían dado y repetido con frecuencia órdenes; pero que los obispos carecían de celo (1). El mismo Padre Santo estaba fatigado de oír la narración de tantas atrocidades. «Su Santidad es muy inclinado á que haya paz y quietud de todas partes, y así gustaría que oy la hubiere, aunque se disimulase algo» (2) á los herejes. De la misma opinión era su ministro el cardenal Merone. Requesens no supuso que su amo pudiera aceptar tan fácilmente compromisos en materia de religión, ni consentir, palabras curiosas para la época, en conceder la libertad de conciencia (3); pero admitió que un nuevo soberano no estaría obligado á los mismos escrúpulos, y propuso audazmente á Felipe II abandonar los Países Bajos (4).— Pudieran trocarse por el Piamonte con el duque de Saboya ó bien darlos en soberanía al segundo hijo del rey.— «Mejor es que sea pobre que no hereje,» escribió Felipe al márgen.

¿Qué quiere pues el rey? Nadie lo sabe. Medita vagamente sobre el feroz consejo indicado por el duque de Alba en el momento de su partida. «Principalmente combendría mucho quemarles y talarles todos los frutos que no se puedan servir dellos y por hambre se vengan á reducir,» dijo Felipe (5). El Inquisidor general Quiroga opina como el duque de Alba: todos deben de ser castigados. El Inquisidor general lo dice más gallardamente aún: «Los rebeldes y los que dicen que no lo son, todos son unos, y como dicen, el lobo y la vulpeja todos son de una conseja» (6). El pensamiento real se fija en fin y se formula en una orden á Requesens.

¿Qué es mejor, escribe Felipe (7), destruir el país por medio de la inundación como lo propone Valdés ó por el fuego como lo proponía el duque de Alba? «Visto que ninguna vía aprovecha y teniendo por sin duda que debe ser esta la voluntad de Dios... ha parecido convenir que se venga á usar del último y riguroso castigo.» La inundación no es un sistema prudente, porque sería de temer que ganara más terreno del que fuera necesario sacrificar y que invadiera países católicos: fuera de que este procedimiento «traería consigo un cierto nom-

bre de crueldad que se debe huir.» Pero el incendio no ofrece ningún inconveniente, aunque sea menester quemar todos los villajos, las cosechas, los árboles, porque siempre queda el suelo: las ciudades cesarían de enriquecerse, porque no tendrían nada que vender; los burgueses no podrían huir por mar, porque no tendrían víveres que cargar en sus naos, y tendrían por fuerza que someterse. El comendador mayor es dueño de escoger la época más favorable para esta operación; pero ha de guardar sigilo. Acaso debiera de aprovechar la primera helada. En todo caso deberá cuidarse de preparar los abastecimientos necesarios para los soldados designados á este servicio. Estos se encargarían de ello con alborozo sin duda, como quiera que habrán de enriquecerse saqueando las ciudades ántes de darlas á las llamas.

—¡Ah! exclama Requesens al contestar. Llegan demasiado tarde estas órdenes: todas las tropas, sin excepción de nacionalidad, están amotinadas por vez tercera: ni puedo responder de mi propia guardia, ¿cómo he de disponer de nadie para abrasar el país, según las instrucciones del rey (8)?

A esta noticia vuelve Felipe á su apatía y pasan seis meses sin que escriba una sola carta á los Países Bajos (9). Durante este período decisivo discute los proyectos de transacción, y hace que le envíen el despacho á sus lugares de peregrinación, escribiendo en las Memorias que piden una solución: «Se vaya allá (en Madrid) pensando y mirando en ello y yo también iré haciendo lo mismo aquí (en el Escorial) y pues iré tan presto ahí, placiendo á Dios, de aquí allá se irá mirando en ello allá y acá» (10).

Mucho tiempo hacía que un francés había dicho: «Estas gentes son tan calmosas en todos sus pasos y tienen tanto en la cabeza que no piensan sino en ganar tiempo, siéndoles un año un día (11).»

Este inexplicable silencio asombra en Flandes. «Están espantados de lo poco que V. M. se acuerda dellos» (12). Requesens no ve ya sino rebeldes en torno de sí. Está colocado en frente de los holandeses triunfantes, entre sus estados de Brabante, que tienen conversaciones

(8) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 212.

(9) Desde nov. de 1574, hasta mayo de 1575, *ibid.* pág. 301.

(10) *Corresp. de Felipe II*, pág. 327.

(11) Ms. Bibl. nac. franc. 16103, fol. 147, el obispo de Limoges á Catalina. Dice también (fol. 39) que de las lecciones de Carlos V únicamente ha conservado Felipe «la de consumir el mundo á solicitudes y ganar tiempo con demoras.»

(12) *Corresp. de Felipe II*, tom. IV, pág. 160, Don Diego de Zúñiga al rey.

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 152.

(2) *Ibid.* pág. 67.

(3) *Ibid.* pág. 193. «Tácitamente darles libertad de conciencia.»

(4) *Ibid.* noviembre de 1574.

(5) *Ibid.* pág. 126, el rey á Requesens.

(6) *Ibid.* pág. 290.

(7) *Ibid.* pág. 174 y siguientes.

muy libres (1), «y sus insurgentes soldados á quienes procura proteger contra las represalias de las milicias burguesas.» Los súbditos, dice, se han de defender más de nuestros soldados que de los enemigos; y por otra parte es menester procurar que los amotinados no resciban más daño, porque si una vez los degüellan los del país, también degollarán á los demás (2).

Por fin es autorizado á intentar un concierto con el príncipe de Orange, á quien supone espantado por el desencadenamiento de las pasiones populares. Guillermo de Orange, que ha conservado sus tradiciones de jefe de la aristocracia, confiesa que sabe muy bien que no puede confiarse en el populacho; pero que los Estados han puesto tal orden que no espera desorden por parte del populacho (3). Las conferencias se abren en Breda; pero comienzan por recriminaciones contra los que han sostenido la causa del rey. «Ayudar á los enemigos del rey es lo que parece noble y glorioso» (4). No se sabe tampoco sobre qué bases asentar un tratado. El rey no ha dado instrucciones ningunas, ni siquiera una carta que vagamente las supla; y este silencio es demasiado extraño para no ser sospechoso. Se niegan á creer, dice Requesens, que no tengo poderes de Vuestra Majestad (5). El príncipe de Orange ni aún se fiaría de compromisos firmados por Felipe II, pues conoce su máxima de que las promesas no ligan con los herejes: *haereticum non est servanda fides*; dicen que no se ha guardado la fe jurada á los moros de Granada y que el duque de Alba ha hecho perecer á los que confiaban en la palabra empeñada por la duquesa regente (6). Y lo más curioso es que mientras autorizaba las negociaciones de un arreglo con el príncipe de Orange procurando convencerle de su sinceridad y buena fe, Felipe II hacía que su ministro Zayas organizara contra él tentativas de asesinato; y excitaba á los desterrados á matar á su caudillo, ofreciéndoles el medio de ganar por este acto meritorio su gracia y la restitución de sus bienes confiscados (7). Las negociaciones fueron rotas, no bien iniciadas, y los españoles comenzaron entonces una serie de operaciones militares contra Zierickzée y las islas del litoral.

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 190.

(2) *Ibid.* pág. 239.

(3) *Corresp. de Guillermo*, tom. III, Prólogo, pág. 39.

(4) Del Río, *Memorias*, pág. 62. «Quinetiam tum vicio verti pro rege militare vel regium dici: adversam partem consilio operaque juvare pulchrum.»

(5) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 340.

(6) *Ibid.* pág. 193.

(7) *Correspond. de Guillermo*, tom. VI.

La causa de la rebelión, escribe Requesens (8), no es la herejía; es en primer lugar la independencia que se han arrogado los señores, después los excesos de los soldados que han irritado al pueblo, y en fin los impuestos que se han inventado... Pero esta apreciación tan juiciosa deja de ser exacta á partir del momento en que parece asegurada la liberación de Holanda. Tan luego como disminuye el peligro, el ardor patriótico hace lugar á la pasión religiosa. Los holandeses no se contentan ya con ser libres dentro de la patria emancipada, sino que pretenden también perseguir á los católicos. Se les ha enseñado la ciencia de los suplicios y quieren probar que la han comprendido. Los Estados de Holanda exigen del príncipe de Orange el juramento de suprimir el ejercicio de la religión romana. Se le deja eludir esta fórmula, pero prescinden de su autorización para quemar y ahorcar á los católicos. En Alkmaar se supone una conspiración religiosa, se somete á cuestión de tormento al católico más rico de la ciudad y muere á manos del verdugo. En seguida se descoyunta á su hijo en la tortura, se le deja reposar seis semanas para que recobre las fuerzas, y se le tiende después en posición supina con una caja llena de ratas, cuyo fondo suple su propio vientre. Las mordeduras de las ratas no le hacen morir y entonces se le arroja á la hoguera (9). El príncipe de Orange interviene tardíamente y hace que cesen estos crímenes; pero él también está bastante extraviado por el éxito para no cometer un acto tanto más culpable, cuanto que le da el colorido de celo religioso.

Hasta entonces se había mostrado harto indiferente ante las faltas de su segunda mujer, Ana de Sajonia. Esta alemana vulgar, sensual é irascible, tenía á lo ménos el mérito de haber dejado que disipara sus bienes propios su marido en servicio de Holanda. Puede creerse que sus hábitos de intemperancia hubieran debilitado sus facultades; pero es probable también que su marido no hubiera nunca imaginado hacerla pasar por loca, si no hubiera tenido la intención de casarse con una tercera mujer. Lleva la paciencia hasta los límites de la condescendencia mientras cree tener necesidad de los príncipes alemanes, primos de Ana de Sajonia;

(8) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 311.

(9) Verstegan, *Theatrum crudelitatum haereticorum nostri temporis*. Antverpiae, apud Adrianum Huberti, 1592, con 30 láminas.



pero cuando ve que estos alemanes son auxiliares inútiles y que Holanda puede bastarse á sí misma, repudia á Ana de Sajonia y se casa con Carlota de Borbon, hija del duque de Montpensier y abadesa de Jouarre (1). Esta prevenida princesa habia reunido una buena suma de dinero proveniente de su patrimonio y de los bienes de su abadía y se habia hecho calvinista (2). No contento con repudiar á Ana de Sajonia, el príncipe de Orange la hizo encerrar en un subterráneo sin más abertura que una reja por donde se le echaba la comida. No es esto sólo: por un refinamiento de crueldad que apenas sería excusable en un sectario fanático, mantiene delante de esta reja á un pedante luterano que se entretiene en recordar á la infeliz sus pecados: la pobre muere á los dos años de suplicio (3). Nuestro Enrique IV supo, como el príncipe de Orange, subordinar al patriotismo sus pasiones religiosas; tuvo igualmente quejas de su primera mujer, pidió y obtuvo el divorcio; pero no se creyó en el derecho, ni tuvo la crueldad de perseguir á su culpable mujer.

Este desencadenamiento de pasiones religiosas sublevó las conciencias de los católicos de Artois y del Heno: fué la falta decisiva de los holandeses, la que preparó la escision. En adelante habrá dos partidos en la oposicion al gobierno de Felipe II, dos partidos separados por la religion, la lengua y la raza, y sus divisiones se acentuaron más aún en los años siguientes.

Requesens no se pudo aprovechar aún de esta animosidad de las provincias católicas contra los disidentes: no tiene ejército ni dinero. La escuadra de Santander, que esperaba hacia dos años, llega en fin, pero sólo le lleva cuatrocientos treinta «miserables reclutas» (4) y nada más. Busca aliados en Alemania y se granjea la amistad del duque de Brunswick, que en otro tiempo (5) se habia hecho triplicar su pension por gracia de Felipe II, que luégo se habia adherido íntimamente á Carlos IX (6), y vuelve á España, recibiendo por la proteccion de Re-

(1) El duque de Montpensier era sobrino del condestable de Borbon; se habia casado con Jacobina de Longwy, hija de Juana de Angulema, hermana natural de Francisco I. Jacobina murió en 1561, y Montpensier se casó con Catalina de Guisa. Carlota de Borbon, hija del primer matrimonio, se refugió al lado de una hermana suya, casada con Federico III, conde palatino.

(2) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 316, Requesens al rey, 6 de junio de 1575. El casamiento es del 12 del mismo mes y año.

(3) El 18 de diciembre de 1577.

(4) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 404. «Muy ruin gente.»

(5) Ms. Rec. of. n.º 804, Challoner to Throckmorton, 15 enero de 1562.

(6) Colec. de Groen Van Prinsterer, carta de Schonberg ya citada.

quesens cartas patentes para legitimar los bastardos adulterinos que habia tenido con Catalina de Weldam, estando unido en matrimonio con Sidonia de Sajonia (7).

A Francia, por el contrario, se vuelve el príncipe de Orange: solicita (8) que se le proporcione un navío que vaya á fondear en medio de la escuadra española en la rada de Dunkerque con pretexto de vender víveres y otras mercancías. El patron cargará secretamente su barco de estopa, pez y otras materias inflamables; despues incendiará su barco á la hora del reflujo, á fin de que, encendido y flameante, pegue fuego



Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II

á los navíos inmediatos que no pudiendo retirarse por falta de fondo, perecerán sin remedio en el incendio.

Mientras los holandeses inventaban los brulotes, despues de haber inventado las granadas y el papel moneda, Requesens se trasladaba á Malinas á ganar el jubileo centenario, que el papa Gregorio XIII habia concedido para aquel año. Al llegar á Bruselas murió de un absceso carbuncoso en el brazo (9). Un consejo compuesto del duque de Arschot, Mansfeld, Berlaymont y algunos otros hombres oscuros, ejerció provisionalmente el poder supremo. Nunca habia

(7) Com. Real de historia de Bélgica, tom. V, pág. 222, año 1853.

(8) Ms. Arch. nac. K, 1528, pieza 83, carta autógrafa del príncipe de Orange.

(9) Herrera, tom. II, pág. 66. Se ha supuesto que murió de la peste; la descripción de su enfermedad está dirigida al rey (*Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 449, marzo 1576). «Un grano, á manera de dibieso, que se le hizo un carbunco con una dureza muy grande... muchas puntas á manera de tabardillo.»

sido más urgente la necesidad de la presencia del rey, ó en su defecto, de un hombre acostumbrado á hacerse obedecer de los soldados. Felipe II lo comprendió así, se decidió á enviar á los Países Bajos á su hermano Don Juan de Austria, se complació en reflexionar sobre las

ventajas de esta eleccion, confirmó los poderes del consejo de incapaces que habia reemplazado á Requesens, pensó en revocarlos y dejó pasar nada ménos que nueve meses y acumularse los desastres ántes de tomar una resolucion definitiva.

## CAPÍTULO XIX

### LA REINA ANA

CUARTO MATRIMONIO DE FELIPE II.—DESGRACIA DEL DUQUE DE ALBA.—AMÉRICA.—PENURIA FINANCIERA.—DESASTRES EN LOS PAÍSES BAJOS

#### I.—Cuarto matrimonio de Felipe II

Cuando Felipe se decidió á casarse con la hija mayor del emperador Maximiliano, de mucho atrás prometida á su hijo Don Carlos, habia obedecido especialmente á intenciones políticas. Con este pacto de familia habia comprado la neutralidad del imperio en los negocios de los Países Bajos.

Desde el principio se habia sentido tentado Maximiliano por el pensamiento de ganar algunas provincias al rededor de Bruselas, y aún hubo de dirigir reconvencciones desde los primeros actos de rigor del duque de Alba (1).—No cambiaré, habia contestado Felipe, «quando me viniese á caer el mundo encima» (2).—Sin embargo, replicó Maximiliano, podría encargarse á mi hijo, el archiduque Carlos (3), de la administracion y gobierno de aquellas provincias.—S. M. ha contestado que atento á Flandes, hay necesidad de tener allá un gobernador sujeto á poder cortarle la cabeza, lo que no puede ser con un tal príncipe como es el archiduque (4); que fuera de esto, no usaba de severidad con sus súbditos flamencos como se le imputaba por los electores y el emperador, sino de mucha clemencia y piedad (5). Por fin pudo desembarazarse de estas importunidades, dan-

do cien mil ducados al archiduque y ofreciéndose por esposo de su hermana (6).

Tenia Felipe cuarenta y tres años, cuando se puso en camino la princesa Ana que sólo tenia veintiuno (7). Pasó por Amberes (8), acogió á la madre del baron de Montigny, y le prometió pedir el perdon de su hijo; desembarcó en Santander (9) y habló sin demora en favor del baron. Felipe II le contestó que no podria negar la primera gracia que le pedia, pero que Montigny acababa de morir de enfermedad en su prision; como que habia acelerado la muerte del infeliz en cuanto supo el paso de su madre: su primer acto de esposo fué engañar á su mujer.

Como si no hubiera bastante falsedad al rededor de la nueva reina en Madrid, Catalina de Médicis, madre de la que Ana reemplazaba, hubo de añadir sus protestas de cariño: escribió de su mano (10) y encargó además á su embajador decirle de su parte (11) que le rogaba la empleara como si tuviera el honor de ser su propia madre porque tendria igual complacencia y devocion en servirla.

Como las tres primeras mujeres de Felipe, Ana de Austria estaba tambien destinada á una muerte prematura. «La reina católica no sale nunca de sus aposentos; de manera que su cor-

(6) *Corresp. de Felipe II*, pág. 835.

(7) Nació en Cigales de Castilla, el 1.º de nov. de 1549. Este viaje es de agosto de 1570.

(8) Ms. Rec. of. n.º 1209, Cobham to Cecil, 28 agosto 1570. Véase tambien el número 1225.

(9) El 3 de octubre de 1570. Celebróse el casamiento en Segovia, el 12 de noviembre.

(10) Ms. Arch. nac. K, 1527, pieza 54, del 8 de abril de 1571.

(11) *Ibid.* pieza 61, del 28 de octubre.

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 15, del 2 de marzo 1568.

(2) *Ibid.* pág. 27.

(3) Este archiduque fué enviado á Madrid oficialmente por su padre y permaneció allí desde el 10 de diciembre de 1568 hasta el 4 de marzo de 1569.

(4) Ms. Bibl. nac. franc. 10752, Fourquevaux á Carlos IX, folio 143, del 13 de enero de 1569.

(5) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 818.